La baraka del General

BARAKA

3ª EDICIÓN

Isidro F. Carbonero Rodríguez

9N
9 NORTE
NARRATIVAS QUE BUSCAN VERDAD

BARAKA

La baraka del General

Isidro F. Carbonero Rodríguez

3.ª edición

© La "BARAKA" del General
© Isidro F. Carbonero Rodríguez
Autor: Isidro F. Carbonero Rodríguez
3.ª edición
ISBN: 978-84-125613-0-2
Depósito legal: LR 500-2022

Publicado por PS09 S.L.
Sello editorial: 9Norte

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra,
por cualquier forma o medio, sin el permiso previo
y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser
constitutiva de delito contra la propiedad intelectual,
conforme al art. 270 y siguientes del Código Penal.

Dedicada a mi querido hijo Iván

Recordar es fácil para el que tiene memoria,
olvidarse es difícil para quien tiene corazón.

Gabriel García Márquez

•

Memoria selectiva para recordar lo bueno,
prudencia lógica para no arruinar el presente,
y optimismo desafiante para encarar el futuro.

Isabel Allende

NOTA DEL AUTOR

De sobra es conocida por todos, la afición esotérica que acompañaba a la figura del General Francisco Franco. De un lado, estaba el mito del brazo incorrupto de Santa Teresa, que según algunos acompañaba al General a todos los sitios e incluso pernoctaba en su mesilla de noche, y del otro, teníamos la leyenda forjada con la lucha contra los insurrectos del Riff, en la que al parecer estuvo en más de una ocasión muy expuesto a los ataques enemigos, saliendo airoso, aunque no ileso en varias ocasiones.

La vez que fue herido, nuevamente acrecentó la leyenda, ya que la gravedad de la lesión hacía presagiar un funesto desenlace, pero la ciencia médica, unida a la suerte, consiguió que recuperase la salud, aunque según cuenta el médico de cabecera del General, no la total integridad física, ya que una parte de su cuerpo al parecer se perdió por el camino.

La historia que inspira esta novela de ficción, no es otra que esa extraordinaria suerte que al parecer acompañaba siempre a este personaje y que los "moros" conocían como "baraka". A partir de ahí he tratado de construir una historia, que pronto comprenderán no tiene ni pies ni cabeza y que por supuesto, cualquier parecido con la realidad histórica ni con la vida de ningún personaje que pueda verse reflejado en la novela, es pura casualidad achacable tan solo a la desbordada imaginación del autor

ÍNDICE

PRÓLOGO 15
CAPÍTULO 1. CONCIA 17
CAPÍTULO 2. MOCIÓN DE CENSURA 21
CAPÍTULO 3. MADRID 2018 25
CAPÍTULO 4. LA CALLE 33
CAPÍTULO 5. LA UNIVERSIDAD 39
CAPÍTULO 6. LA TUMBA 43
CAPÍTULO 7. EL COMIENZO DE LA INVESTIGACIÓN 51
CAPÍTULO 8. LA ESPERA 67
CAPÍTULO 9. VIAJE AL SUR 77
CAPÍTULO 10. BUSCANDO LA FUNERARIA Y EL CAMIÓN 91
CAPÍTULO 11. APARECEN LOS MOROS 103
CAPÍTULO 12. EN BUSCA DEL CADÁVER PERDIDO 115
CAPÍTULO 13. EL ACTO FINAL 123
SOBRE EL AUTOR 131

PRÓLOGO

A las seis y veinte de la mañana, el sargento de la Guardia Civil comprendió que aquello no era una simple profanación.

La basílica permanecía en una penumbra húmeda, atravesada por el olor áspero del combustible y por una neblina de polvo que parecía no querer posarse en ninguna parte. La gran losa de granito estaba desplazada, partida, ennegrecida por los bordes, como si alguien hubiera querido abrir una puerta que no debía abrirse nunca.

No había gritos. No había carreras. Solo el eco de las botas sobre la piedra, la respiración contenida de los primeros agentes y el resplandor mortecino de las linternas barriendo aquel lugar que durante décadas había sido más símbolo que tumba.

Dentro no quedaba un cuerpo. Apenas cenizas, restos metálicos fundidos y un calor imposible, todavía vivo bajo la piedra.

El sargento tragó saliva. Pensó en llamar a sus superiores, en cerrar el recinto, en impedir que nadie entrase hasta que alguien con más mando decidiera qué demonios había ocurrido allí. También pensó, aunque no se atrevió a decirlo, que aquello no parecía una gamberrada ni una venganza improvisada.

Quien hubiese profanado la tumba sabía exactamente lo que hacía.

Horas después, cuando los restos llegaron al laboratorio, la investigación descubriría que el verdadero problema no era que hubieran reducido a cenizas el cadáver del general Francisco Franco.

El verdadero problema era otro.

Aquellos restos no eran los de Franco.

CAPÍTULO 1

CONCIA

Madrid amanecía bajo ese "veroño" extraño que desde hacía años alargaba el verano hasta casi rozar el invierno. Las calles empezaban a llenarse de coches, de prisas y de una contaminación espesa que se quedaba suspendida entre los edificios, como si tampoco ella supiera hacia dónde ir.

Concepción Suárez, "Concia" para quienes la conocían de verdad, conducía hacia la Comisaría Central de la calle Leganitos con una serenidad que no siempre coincidía con su estado de ánimo. Había sido una de las mejores agentes españolas en Interpol, pero dos años antes había pedido el traslado a Madrid. Quería una vida menos rota por los viajes, menos pendiente de llamadas internacionales a cualquier hora, más cercana a la posibilidad de formar una familia y de dormir varias noches seguidas en la misma cama.

No se lo habían puesto difícil. Su historial pesaba demasiado: operaciones internacionales, redes desmanteladas, delincuentes que se creían invisibles hasta que ella les encontraba el hilo. Desde el caso de los Santos Inocentes, Concia había aprendido que los expedientes nunca se cerraban del todo; simplemente dejaban de hacer ruido.

Aun así, la ciudad siempre encontraba la manera de recordarle que la tranquilidad era un espejismo. La delincuencia más peligrosa, pensaba a menudo, no corría por los callejones ni se escondía en los barrios oscuros. Muchas veces llevaba corbata, firmaba contratos, presidía consejos de administración o sonreía desde un despacho oficial mientras otros pagaban la factura.

Al llegar a la puerta de la comisaría, el policía de guardia se cuadró con gesto protocolario.

—Buenos días, inspectora.

—Buenos días, Manuel. ¿Cómo se presenta la mañana?

—Tranquila, de momento. Ya sabe que los lunes suelen empezar despacio después del torbellino del fin de semana.

—Esperemos que siga así.

Subió hasta la segunda planta y entró en su despacho. La estancia tenía algo de despacho oficial y algo de refugio cansado: una mesa sobria, dos confidentes envejecidos, un sofá que había visto demasiadas conversaciones difíciles, varias revistas policiales y, presidiendo la pared, la fotografía del

rey Felipe VI. Concia dejó el bolso, se quitó los zapatos con un gesto automático y apenas había tomado asiento cuando sonó el teléfono.

—Dime, Pilar.

—El secretario de Estado de Seguridad quiere hablar con usted. Se lo paso.

Concia se incorporó despacio. Manuel Andrade no llamaba al teléfono oficial para preguntar por su salud. Habían trabajado juntos, se respetaban y mantenían una amistad construida en demasiadas operaciones complicadas. Precisamente por eso sabía que, si sonaba aquella línea, la mañana acababa de torcerse.

—Buenos días, Manuel. ¿A qué se debe tu llamada?

—Lo primero, saber cómo estás y cómo te va la vida.

—Venga, Manuel, al grano. Para eso no me habrías llamado al número oficial.

Al otro lado de la línea hubo un silencio breve. Suficiente para que Concia entendiera que lo que venía no era menor.

—Esta madrugada han profanado la tumba del general Francisco Franco en el Valle de los Caídos. El ministro quiere que se encargue alguien eficaz, prudente y de absoluta confianza. He pensado en ti.

—Yo dirijo un grupo de homicidios. En este caso el muerto ya estaba muerto.

—Lo sé. Pero no sabemos qué hay detrás, ni quién puede estar interesado en mover este asunto. Necesitamos discreción total.

—¿Alguna reivindicación?

—Nada. La Guardia Civil ha acordonado la zona. Nadie debe tocar nada hasta que llegues. A partir de ahora, el asunto está en tus manos.

La llamada terminó. Concia permaneció unos segundos con el auricular en la mano, mirando un punto cualquiera de la mesa. Había días que empezaban mal. Otros empezaban con la sensación de que alguien acababa de abrir una puerta por la que no debía entrar nadie.

Se calzó de nuevo, tomó el bolso y salió hacia la sala donde trabajaban Juan Sánchez y Clara Gómez. Juan, joven, delgado, moreno y con una sonrisa que parecía imposible de borrar, se había formado a su lado. Clara, procedente de las Fuerzas Especiales y después de narcóticos, tenía esa calma física de quien sabe cubrir una retirada sin perder de vista la puerta.

—Clara, Juan... conmigo. Nos vamos.

Los dos se levantaron casi al mismo tiempo.

—¿Qué ha pasado, jefa? —preguntó Juan.

Concia lo miró de reojo.